

¿QUIERES CONOCER MIS NOVELAS?

LEE YA EL PRIMER CAPÍTULO DE CADA UNA Y AVERIGUA
CUÁL TE GUSTA.

HAZ CLIC EN LA IMAGEN Y COMIENZA A LEER

<p>LA HERMANDAD PERMANENTE</p> <p><i>Una magia antigua, una magia que no cambia.</i></p>  <p>Acompaña a Yoana en su rebelión y descubre si puedes huir de la Hermandad.</p>	<p>EL DESPERTAR DE LAS GÁRGOLAS</p> <p><i>Algunas cosas a veces es mejor dejarlas dormir.</i></p>  <p>Despierta a las gárgolas junto a Tura y averigua si puedes controlarlas.</p>	<p>DEJEMOS LA HISTORIA CLARA</p> <p><i>No creas todo lo que lees en un libro.</i></p>  <p>Acompaña a Clara en la búsqueda de la heredera y descubre la verdadera historia.</p>
--	---	---

PUEDES CONOCER TODOS MIS LIBROS [AQUÍ](#)

SOBRE MÍ

¿Quién soy? Mi nombre es Lorena y, cuando no estoy trabajando ni leyendo, me gusta escribir. Comencé con cuentos y luego me atreví a las novelas, y bastante de lo que está en el medio. Puedes conocer un poco más de mí en mi *web* [Una escritora y sus libros](#).

LA HERMANDAD PERMANENTE

CAPÍTULO I

Yoana contuvo la respiración mientras esperaba junto al altar. Podía ver las sombras de las dos personas paradas del otro lado. Podía escuchar sus susurros rajando la oscuridad que los envolvía a los tres. Aunque no lograba distinguir las palabras, se notaba que estaban enojados. Discutían. ¿Sería por ella? ¿Era posible que aguardaran a que saliera de su precario escondite?

Hundió los dedos en el cofre que llevaba en las manos y casi pudo sentir que se ablandaba bajo la presión de sus yemas, aunque fuera de madera sólida. La madera más dura que podía encontrarse en ese reino y en todos los que lo rodeaban. El árbol que había dado la vida por ese cofre no volvería a renacer hasta dentro de doscientos años y aún entonces solo sería un retoño. Yoana sintió una lágrima recorrer su mejilla y la vio caer justo sobre la tapa del cofre. Le daba tanta pena saber que la vida de aquel ser hubiera terminado solo por la vanidad de su gente.

«No, no solo por su vanidad», le dijo la voz que siempre le hablaba en su mente.

Era su conciencia, lo sabía desde que era pequeña. *Todo el mundo la tiene, le había dicho su criado, pero no mucha gente le hace caso.*

El muchacho, unos años menor que ella, le había sonreído con una boca vacía de dientes.

Solo ignórala, como hacen los demás.

Pero Yoana no podía hacerlo, su conciencia era insistente, agotadora, eternamente presente en el fondo de su mente. A veces como un tenue dolor de cabeza y siempre con ideas propias, incluso algunas que iban en contra de lo que ella pensaba. Aunque no esta vez. Esta vez era verdad lo que decía. Ese cofre no era solo por vanidad, sino por muchos motivos, tantos que era imposible pensar en todos ellos. Podría resumirse en que ese cofre era vida. La mismísima vida del árbol todavía deambulaba dentro de él. Y también era muerte, la muerte de cualquier cambio.

Yoana trató de despegar los dedos de la oscura madera, vetada de líneas doradas. Casi se le cayó el cofre y sintió que su corazón se iba con él. Por suerte las voces no habían callado, sino que habían sumado el ruido de pies rozando el piso, arañando la superficie lisa con sus zapatos de suela de madera. Los otros dos se iban. Se alejaban de allí y la dejaban sola en la oscuridad, en la sala del altar, agazapada a uno de los lados, con el cofre en la mano.

«¿Qué hago?, ¿qué hago ahora?»

Estaba inmóvil, agarrotada y en cuclillas.

«Huir —le dijo la otra voz en su mente—. *¿Qué más puedes hacer cuando has traicionado todo? Huir. Y más vale que corras rápido.»*

Yoana se puso de pie a duras penas y, con una mueca al estirar las piernas, se alejó del altar con sigilo. El vacío a su alrededor la hizo temblar con un escalofrío que parecía no tener fin. Se obligó a sí misma a continuar, solo tenía que llegar a las puertas dobles. Aquellas enormes que solo se usaban para las ceremonias, cuando querían que el pueblo viera, a la distancia, lo que sucedía allí, solo un poco. Lo suficiente para que los admiraran, pero no para que entendieran algo. La voz de su conciencia tenía razón, debía correr lo más rápido que podía ahora. Cuando llegara la mañana y los hermanos vieran que el cofre había desaparecido, se volverían locos. Cerrarían el enorme templo para buscar en todos sus rincones. Pedirían al rey, le exigirían, que cerraran las murallas para buscar en todo el reino. No quedaría ni un solo lugar sin revisar. Entonces, ¿dónde podría esconder el cofre? ¿Dónde?

Regresó aprisa a sus aposentos. No había ningún otro lugar adonde ir. No alcanzaría ningún escondite, aunque tuviera uno. Era imposible esconderse de ellos. Lo había sabido el momento mismo en que la idea había cruzado por su mente. La idea que ahora yacía en sus manos y contra su pecho. Todo porque ella quería un cambio, un cambio donde todo siempre era permanente.

Llegó a su habitación y cerró la puerta. El lugar estaba vacío. Su madre no volvería a sus aposentos hasta entrada la madrugada y el criado se había ido a dormir hacía ya varias horas. Ahora solo le quedaba una misión por delante y solo unos pocos momentos para llevarla a cabo. Debía esconder el cofre, pero ¿dónde? ¿Por qué no había pensado en eso antes?

Se encontró a sí misma corriendo de un lado a otro de su habitación, sin poder soltar la madera que se pegaba a sus dedos y al frente de su camión, empapado de sudor. Entonces sonaron golpes a la puerta.

—¿Yoana? —Era la voz de su madre, fuerte y concisa, a solo unos segundos de hacer girar el picaporte. —¿Yoana? ¿Todavía estás despierta?

El picaporte bajó con una lentitud agobiante mientras Yoana seguía en el centro de la habitación, con el cofre en las manos.

CAPÍTULO II

Su madre, Casandra, frunció el ceño apenas la vio. Yoana estaba parada junto a su cama, las manos en la espalda, el camión casi transparente, húmedo de transpiración. La joven reprimió un escalofrío cuando una ráfaga

proveniente de la ventana abierta irrumpió en la habitación. Su madre, sin embargo, no se inmutó. Continuaba observándola con el ceño fruncido y unos ojos profundos que llegaban hasta el alma de su hija y aún eran capaces de ver un poco más.

—¿Qué haces todavía levantada?

—No podía dormir —murmuró Yoana a la vez que bajaba la vista, nunca era capaz de mantener la mirada de su madre durante mucho tiempo.

Cassandra se acercó a su hija y frunció la nariz a la vez que rozaba la pechera del camisón con un dedo.

—¿Acaso estás enferma?

—No lo creo, madre.

Cassandra la observó unos minutos más y luego su atención se desvió hacia la ventana abierta.

—Tal vez deberías cerrarla.

—Sí, madre.

—Y vuelve a la cama, mañana debes estar lista al amanecer. No me harás quedar mal con los demás.

—No, madre.

Cassandra se volvió y caminó hacia la puerta con el andar descansado y lento que tenían todos los que vivían allí, todos excepto Yoana y los criados, como si el tiempo no existiera para ellos y pudieran demorarse todo lo que quisieran en hacer cada movimiento. Yoana dejó salir un pequeño suspiro justo cuando su madre se dio la vuelta.

—Báñate antes de acostarte, tienes los pies inmundos.

Yoana bajó más la mirada y esperó a que Cassandra cerrara la puerta de la habitación. Entonces se dejó caer sobre el colchón. Sus pies se balancearon por el movimiento y golpearon el cofre que estaba debajo de la cama, solo cubierto por las mantas que caían a los lados. Yoana se incorporó de inmediato y se miró los pies. Era cierto que estaban sucios, había decidido que era mejor ir descalza, así haría menos ruido.

Apenas notó que los pasos de su madre se habían desvanecido del otro lado de la puerta, se agachó y sacó el cofre de debajo de la cama. Se sentó en el piso y lo puso sobre su regazo.

—¿Dónde, dónde, dónde? —musitaba sin parar, como si el hecho de repetirlo una y otra vez lograra que la respuesta apareciera mágicamente.

—Yo puedo esconderlo por ti.

La voz aguda surgió a su espalda y Yoana pegó un salto. El cofre se deslizó de su regazo y casi acabó en el suelo. Se dobló dos dedos al evitarlo. Cuando

confió en que su corazón seguiría latiendo, por más fuerte que lo hiciera, se dio la vuelta.

El rostro infantil (todavía predominantemente redondo) de un muchacho la observaba con una sonrisa muda.

—Eloy —murmuró Yoana—, me asustaste, creí que ya te habías ido a dormir.

Mientras hablaba, trató de volver a poner el cofre bajo la cama, pero el muchacho se había movido y ahora estaba parado frente a ella.

—Tenía que ir al baño.

—No hace falta que pases por aquí para ir al baño. —Los dedos de Yoana recorrían la dura madera en un movimiento febril.

Él inclinó la cabeza hacia un lado.

—Solo aproveché para ver si necesitabas algo.

«*Te estaba espiando*», le dijo la voz en su cabeza.

Yoana apretó los labios e infló las fosas nasales. Hizo a un lado ese pensamiento. Por supuesto que lo hacía, allí todos lo hacían, sobre todo los criados, cualquier cosa con tal de ganar algún derecho o beneficio. Solo que hasta ese momento ella no había tenido nada que valiera la pena espiar, nada que no fuera su relación con su madre, a quien todos temían y algunos respetaban.

Acarició la tapa del cofre, pensativa.

—Sé dónde esconderlo —dijo Eloy.

—¿Dónde? —frunció el ceño ella—, ¿y por qué debería confiar en ti?

Eloy se encogió de hombros.

—¿Qué otra opción tienes? —Hacía tiempo que Eloy la tuteaba.

Yoana cerró los ojos brevemente, sabía que era cierto. No le quedaba otra alternativa, no desde que el muchacho había visto el cofre. Lo estudió de arriba abajo. La raída ropa que llevaba día y noche le quedaba grande, aunque no lo suficiente para esconder sus pronunciados huesos. Nunca había tenido problemas con él, no era tan rebelde ni tan codicioso como los demás. Tal vez, tal vez...

—¿Dónde? —repitió.

—Es un lugar donde solo los criados vamos.

Yoana ya negaba con la cabeza.

—Cuando se enteren, van a buscar por todos lados.

—Ahí no —sonrió el muchacho con su boca vacía—, ahí no busca nadie, ni siquiera lo recuerdan.

—Los criados lo conocen, acabas de decir eso.

El muchacho volvió a encogerse de hombros.

—Sí, pero la mayoría son tontos, no verán, no buscarán mucho; yo puedo esconderlo.

Yoana se mordió el labio inferior. ¿Qué otra opción tenía?

«*Es la única* —confirmó la voz en su cabeza—, *por el momento. Además, si lo encuentran, siempre puedes culpar al muchacho.*»

Clavó los dientes con más fuerza en su labio, hasta que sintió dolor. No estaba bien pensar así. No, no, ella no sería como los demás en la Hermandad.

Acarició la tapa del cofre una vez más y extendió los brazos hacia Eloy.

—Está bien, pero no puedes decírselo a nadie, ni tampoco puedes abrirlo.

El muchacho asintió.

—¡Júralo!

—Lo prometo —dijo el chico con desgana mientras tomaba el cofre en sus manos, sus ojos brillaron con fuerza.

—No lo abras.

Eloy sonrió otra vez.

—No se puede, solo los hermanos de alto rango son capaces.

—Tal vez —murmuró Yoana—, pero prefiero estar segura.

—No lo abriré, no haré nada... —volvió a mostrar su boca vacía— hasta que decidamos qué vamos a pedir por él.

Yoana reprimió un escalofrío.

—No vamos a... —se cortó de repente—, por ahora, no vamos a hacer nada. Solo esperar y ver qué sucede, hasta que estemos seguros.

El muchacho asintió y, ligero y sin ruido, salió de la pieza por una puerta menor, que llevaba a la alcoba de los criados personales.

Yoana suspiró y se puso de pie. Observó el reloj de la pared.

—Me bañaré por la mañana. —Decidió mientras volvía a la cama.

Sintió que no habían transcurrido más de dos minutos desde que se acostara cuando notó que la sacudían con fuerza.

—Despierta, despierta, ya lo descubrieron.

Eloy clavaba sus pequeños dedos en los brazos de Yoana, quien abrió los ojos de inmediato, sobresaltada. Siempre supo que se enterarían al instante, por eso no había tenido sentido huir (ni lo tenía ahora), no habría tenido tiempo de hacer nada.

Se incorporó en la cama.

—No importa, sabía que iba a suceder, no debemos hacer nada, solo permanecer calmados.

El muchacho la observaba con atención, vestía la misma ropa que la noche anterior.

—¿Lo escondiste?

—Sí.

—Bien.

Yoana volvió a acomodarse en la cama. No había terminado de poner las mantas sobre su cabeza cuando la puerta de su habitación se abrió sin que nadie llamara antes.

—¡Levántate! —ordenó una voz imperiosa.

Cassandra se paró al lado de la cama, donde hacía solo unos segundos había estado Eloy, del cual no quedaban rastros. Su madre vestía la túnica de todos los días, no exactamente glamorosa, pero tampoco sencilla. Llevaba el largo cabello trenzado a un costado. Le clavó sus salvajes ojos.

—Te dije que te levantarás.

Yoana vaciló y echó una mirada al reloj, en la pared detrás de su madre.

—Pe..., pero... todavía no es la hora...

—Es la hora si yo lo digo, es importante, ¿o acaso crees que te lo pediría por simple capricho?

«Claro que sí», Yoana sacudió la cabeza para borrar ese pensamiento y saltó fuera de la cama.

—No te lavaste —entornó los ojos su madre—, ahora perderás todavía más tiempo.

—Lo siento —bajó la vista Yoana—, pensé que...

—No —Cassandra era una de las pocas personas que podían hacer sonar cortante una palabra tan corta—, no lo hiciste. Si hubieras pensado, estarías preparada para cualquier circunstancia.

Yoana hundió la cabeza entre los hombros y esperó.

—Ve a lavarte, te espero en mi alcoba en diez minutos. Ni uno más.

—Sí, madre —susurró.

**¿Quieres seguir leyendo?
Compra el libro ya en Amazon.**

Comprar en Amazon

EL DESPERTAR DE LAS GÁRGOLAS

CAPÍTULO I

Cuando Ferran se despertó esa mañana, había un cielo azul sobre él.

—¿Acaso no había muerto? —susurró.

El sol era tibio y una leve brisa le rozaba el rostro, el aroma a hierba mojada lo envolvió. Inspiró profundamente y espiró desinflándose. Se puso de pie con lentitud. A su alrededor había miles de cuerpos, algunos inmóviles, otros que despertaban, como él. Su pueblo. Ferran sonrió.

—No sé cómo —murmuró—, pero hemos sobrevivido otra noche.

—Mi señor. —Sonó una voz a su derecha.

Ferran se volvió, el capitán del ejército estaba a su lado, como siempre.

—Biel, ¿puedes creerlo? —dijo el rey—, hemos resistido.

El oficial frunció el ceño, lo que hizo que se tensionara la cicatriz que llevaba sobre el ojo derecho. Los hombros estaban tiesos y el cuello, rígido.

—No le des más vueltas, Biel, sobrevivimos, eso es lo importante.

—Aun así, señor, es raro que se hayan retirado. ¿Por qué perseguirnos hasta aquí y luego dejarnos cuando estábamos en nuestro peor momento?

—Vamos, Biel, alégrate por una vez. —Ferran miró a la redonda—. ¿Has visto a Guifré?

—Estoy aquí, padre.

El rey se dio vuelta y sonrió a su hijo. Un joven desgarrado y huesudo le devolvió la sonrisa. La ropa sucia le colgaba en jirones por algunos lados, pero no parecía estar lastimado más allá de unos rasguños en el rostro. Ferran lo abrazó brevemente.

—Señor —interrumpió Biel—, deberíamos comenzar a organizarnos.

—Claro, claro —dijo Ferran y se irguió, con los pulgares en su cinto desgastado—. Necesitamos hacer un recuento de las personas y la comida que nos queda; ver si podemos levantar las tiendas.

—Y enviar a los exploradores, mi señor.

—Sí —suspiró el rey—, claro, los exploradores. Tratemos de mantener a la gente junta, no quiero que se desparramen, tal vez tengamos que seguir avanzando.

—Sí, señor —dijo Biel y, con un breve gesto de asentimiento al rey y al príncipe, se alejó y comenzó a dar órdenes.

Los soldados, con un ligero rastro de verde y carmesí en su uniforme desgastado, se dispersaron al trote. Eran pocos y estaban bien entrenados, ya

que pronto todas las tareas tenían un responsable asignado. Biel los supervisaba de cerca.

—Creo que hay algo en la cima de la colina, padre.

Ferran dirigió la vista hacia donde señalaba su hijo. El verde frente a él se extendía de forma uniforme y, casi imperceptiblemente, se empinaba hacia una elevación de base plana y tan extensa como para construir sobre ella.

—Sí —entornó los ojos—, parecen ser ruinas.

—Tal vez deberíamos investigar —propuso una tercera voz.

Ferran pegó un salto, como siempre que se le acercaba el mago. El hombre, bajo y regordete, solía aproximarse sin hacer ningún ruido y desaparecía con la misma sutileza. En ese momento, lucía una amplia sonrisa que cerraba sus ojos hasta convertirlos en dos rendijas luminosas.

—Hola, Jaume —saludó el príncipe con entusiasmo.

Ferran miró, con labios apretados, al hechicero y contuvo un suspiro.

—Sí —continuó Guifré—, yo también creo que deberíamos ir.

—Bien —Ferran echó una ojeada en torno a sí, los guardias reales, al menos los que quedaban, estaban allí—, demos un paseo.

Se pusieron en camino, seguidos a corta distancia por cuatro soldados. La ladera de la colina era amplia y clara. Casi no había árboles cerca y los arbustos eran demasiado bajos y ralos para que alguien pudiera ocultarse tras ellos. Se veían pocas flores dispersas y ya se estaban secando. El único aroma en el aire era el de la brisa fresca.

—¿Por qué crees que nos dejaron en paz, padre?

—Tal vez solo se cansaron.

Guifré sacudió la cabeza lentamente, con el ceño fruncido.

—Nos persiguieron hasta aquí, durante meses, a kilómetros de distancia de nuestro hogar. Anoche estábamos rodeados —se mordió el labio—, oí algunos gritos y después... creo que perdí el conocimiento.

Ferran observó, pensativo, a su hijo.

—No lo sé, realmente no lo sé, pero creo que debemos aprovechar esta oportunidad que se nos presenta.

Guifré asintió y se volvió hacia el mago.

—¿Tú qué crees, Jaume?

El hombre jadeaba por el leve ascenso. Daba pasos cortos y era el más atrasado del grupo, los soldados de retaguardia no podían evitar sobrepasarlo y tenían que frenar cada tanto. Ferran se detuvo a esperar cuando Guifré retrocedió unos pasos y repitió la pregunta.

—Es todo muy extraño, mi joven señor, esta colina, el aire, las voces que susurran en el viento.

—¿Susurros? —dijeron Ferran y Guifré a la vez.

—Sí —asintió Jaume—, hay algo vivo por aquí, además de nosotros y de ellos.

Guifré sonrió y Ferran sacudió la cabeza. Jaume no dijo nada más hasta que llegaron a la cima. La muralla frente a ellos estaba algo deteriorada, pero se conservaba en toda su altura en muchos lugares. Aunque lo que más les sorprendió fue lo que encontraron dentro. Había una ciudad pequeña allí. Muchos de los edificios, aunque viejos, se mantenían en pie en buenas condiciones. Y, a lo lejos, se vislumbraban las torres de un enorme castillo.

—¿Habrá alguien? —preguntó Ferran al aire—. Tal vez fueron ellos los que nos protegieron anoche. ¿Escucharon la batalla?

—¿Batalla? —dijo Guifré—. No sé, no creo que haya sido eso lo..., parecía...

—Debemos ir a presentarnos, a pedirles poder acampar en la ladera o a lo mejor alojarnos en la ciudad. —El rey apresuró el paso—. Tal vez una alianza.

—Mi señor.

Ferran se volvió hacia el mago sin detenerse.

—Creo que ya nadie vive aquí —resopló Jaume a la vez que trataba de alcanzarlo.

Se habían internado en las calles empedradas hacía rato. Ferran no se había fijado en los edificios que pasaban a su lado, mientras él se empeñaba en llegar el castillo. Se detuvo y observó las casas: estaban abandonadas.

—¿Padre?

—Sí —suspiró Ferran—, parece que seguimos solos.

—No, padre —El príncipe hizo una seña hacia la dirección contraria.

El rey se dio la vuelta. El duque Acai de Reff, su primo, se acercaba por una de las calles. Iba acompañado de su consejero personal, del cual nadie recordaba su nombre, si es que alguna vez alguien lo supo. El duque se veía demasiado limpio y su ropa estaba en mejor estado que la de cualquiera de los demás, incluido el rey. A pesar de la situación, aún lucía pesados anillos en casi todos los dedos.

—Mi señor —dijo con una brevísima inclinación de la cabeza—, no sería bueno presentarse ante el soberano de este reino sin una corte que lo acompañe.

—Me temo, primo, que no hay nadie aquí con quien hablar.

El duque frunció los labios y miró a la redonda, con las manos enlazadas en la espalda. Mantenía los hombros tensos y la cabeza erguida, lo que lo hacía parecer más alto que los demás a su alrededor.

—Mmm, sí, parece un reino abandonado —una comisura del labio se elevó cuando agregó por lo bajo—: ¡qué conveniente!

—Pero no estamos solos —le advirtió Jaume, con la mirada extraviada en las murallas que rodeaban la ciudad.

Acai frunció la nariz y se alejó unos pasos. El consejero se hizo atrás instintivamente y mantuvo la distancia.

—Mi señor —dijo el mago—, con su permiso, me gustaría investigar.

—Claro, claro —asintió Ferran.

—Nunca entenderé para qué lo mantienes, primo —manifestó el duque olvidando los títulos, cuando Jaume se hubo alejado.

Guifré echó una mirada al consejero, pero este no levantaba lo vista, y los dos primos parecían ignorar todo lo que no les incumbiera.

—Es un mago, todas las cortes lo tienen —Ferran se frotó la nuca—, además ayudó con la comida durante el asedio.

—Si tuviera una magia que valiera la pena, nos habría hecho ganar la guerra.

—No es tan fácil —dijo Guifré encarando al duque—. Jaume posee un conocimiento extenso, la magia no es sonar los dedos y listo.

Acai no desvió la mirada del rey.

—Ya que está abandonado, bien podríamos alojarnos aquí en vez de levantar las tiendas y tener que acampar como nómadas.

—Eh... —balbuceó Ferran.

—Padre, me gustaría acompañar a Jaume.

—Claro —suspiró el rey—, ve nomás.

El príncipe se alejó con más energía que decoro. Uno de los guardias lo siguió a poca distancia, con caminar relajado.

—Lo malacostumbras, debería preocuparse por la administración del reino, en lugar de esas boberías.

—Es solo un niño.

—Ya es un hombre.

—A su tiempo —dijo el rey.

—No es él el que marca los tiempos —sostuvo Acai—, los imponen las necesidades del reinado y en este momento...

—¿Primo? —Ferran entornó los ojos—. ¿Qué implicas?

—Solo que es hora de que el muchacho madure.

—Claro —dijo el rey con lentitud—, claro, claro.

Guifré encontró una escalera para subir a la muralla por la cual caminaba Jaume. Había trepado unos cuantos escalones cuando unos dedos se cerraron alrededor de su tobillo. Perdió el agarre con la mano derecha y casi se cayó. Quedó colgado de un brazo mientras escuchaba una risa entrecortada a sus pies.

—¿Qué haces? —gritó la joven que lo miraba desde abajo.

Era una muchacha de unos veinte años. Llevaba el cabello moreno sujeto con una simple tira, pero varios rizos escapaban y revoloteaban alrededor de su rostro. Sus ojos marrones echaban chispas mientras reía.

—Voy a... —se atragantó Guifré— ver qué hace Jaume.

—¿Puedo ir contigo?

—Claro —dijo Guifré con una sonrisa y se apresuró a seguir subiendo.

Tenía un ascender raro (siempre le había costado coordinar sus miembros desgarrados) y Tura lo alcanzó enseguida.

—Vamos —lo urgió—, te mueves más lento que mi abuela.

—Tú no tienes abuela.

—Pero la tuve.

—Nunca me dijiste... —Guifré se detuvo.

—Vamos, sigue subiendo. —Tura le palmeó la pantorrilla—. No es nada grave, todo el mundo tiene abuelos.

Guifré llegó a la cima impulsado por Tura. En lo alto de la muralla había un camino de ronda lo bastante ancho para que transitaran tres personas una al lado de la otra, lo que era inusual.

—No se veía tan ancha desde abajo —murmuró Guifré y cometió la equivocación de mirar en esa dirección.

Tura tiró de él cuando vio que se balanceaba hacia adelante.

—Eh, ¿qué haces?

—Nada —respondió Guifré con el rostro ceniciento—. Solo miraba.

—Pues es mejor no hacer eso. —Tura se puso de puntillas y trató de echar un vistazo entre las inmensas estatuas que invadían el adarve—. Además, si uno sube hasta aquí es para ver hacia arriba y a lo lejos.

Guifré se acercó a ella, como era más alto podía mirar por sobre su cabeza. Tura se deslizó un poco hacia el costado, sin alejarse demasiado.

—Y ya que estamos aquí, ¿qué hacemos en la muralla?

—Estaba buscando a Jaume.

—Eso ya lo dijiste, pero ¿qué hace el mago aquí? ¿No sería más lógico que estuviera Biel?

—Supongo. —Guifré se encogió de hombros—. Lo que vino a ver Jaume es más..., digamos más sutil, dijo que sentía algo... raro.

—Pues eso no es sorpresa —opinó Tura—, es un pueblo abandonado.
—Sí, sin embargo, es extraño que las casas estén tan bien conservadas.
—Tal vez fue una enfermedad —Tura frunció la nariz—, una plaga que acabó con todos.

Guifré sacudió el cuerpo y se acomodó las gafas.

—Esperemos que no.

—¿Y qué son estas estatuas? —preguntó Tura hincando el dedo en una.

—No lo sé. —Guifré extendió el brazo, aunque no llegó a tocar la escultura—. Es insólito que estén todas aquí tan juntas unas de las otras, no dejan una buena visibilidad para los arqueros.

—Ni para nadie —agregó su amiga.

—No son estatuas —explicó el mago, que se acercaba secándose la frente con un pañuelo y bufando—. Bueno, sí lo son, aunque de una clase especial: son gárgolas.

—¿Qué es eso? —preguntó Tura.

—Son como estatuas grotescas —se animó Guifré—, se caracterizan por las muecas y las alas, pueden basarse levemente en animales.

—No en este caso —explicó Jaume.

Guifré perdió el color y Tura suprimió una sonrisa.

—Es correcto lo que dices, joven príncipe —Jaume le palmó el hombro—, no obstante, también pueden basarse en humanos caricaturizados y estas son de ese género.

Ambos jóvenes elevaron la vista hacia la estatua que tenían más cerca. Estaba de espaldas y era imposible encontrar un ángulo que permitiera ver su rostro.

—Por aquí —dijo Jaume y los guio a través del adarve, entre los escombros.

Los llevó hasta una gárgola que estaba en el piso y recostada sobre la pared, si bien le faltaban las piernas, por lo demás estaba intacta. Guifré se acercó con entusiasmo.

—Cuidado, mi joven señor —Jaume lo detuvo del brazo—, emana un rastro de magia muy infrecuente.

El muchacho se mordió el labio y dio un paso atrás. La gárgola pudo haber estado basada en un hombre, pero la expresión que le habían dado quitaba toda humanidad a ese rostro. Parecía una máscara.

—Es como si estuviera sufriendo. —Tura se abrazó a sí misma—. Casi puedo escuchar sus gritos.

—Sí, estremecedor —dijo Jaume echando mano del pañuelo otra vez—, ciertamente estremecedor.

—¿Pero para qué querrían tantas? —inquirió Tura sin poder apartar la vista del semblante pétreo—. Como decoración son pésimas.

—Deben de haber sido para espantar al enemigo —supuso Guifré observando la gárgola con el ceño fruncido—. ¿Qué clase de magia tienen, Jaume?

—Eso es lo que no acabo de entender —el mago retorció el pañuelo entre sus regordetes dedos—, no la reconozco, parece amenazante, aunque la siento dormida.

—¿Es la causante de que la ciudad esté vacía? —preguntó Tura.

Guifré y Jaume se volvieron hacia ella.

—En verdad, no lo sé, jovencita. Aunque no lo creo. Todas las gárgolas de la muralla miran hacia afuera. Creo que estaban más bien para proteger.

—Pues no hicieron muy buen trabajo —opinó Tura con las manos en la cintura.

—Parece ser que no —dijo Jaume—. Aún tengo mucho que examinar y todavía más sobre lo que cavilar.

Guifré se inclinó hacia él, con los ojos brillantes y las mejillas enrojecidas.

—Y debo hacerlo solo, joven príncipe, lamento decir.

Guifré exhaló mientras observaba al mago alejarse.

—Vamos —lo empujó Tura a un costado—, hay muchas otras cosas que podemos investigar nosotros.

Guifré sonrió y la siguió con un saltito. Bajaron de la muralla y se dedicaron a entrar en las primeras casas que encontraron. Parecían viviendas humildes, aunque tenían todo lo necesario para una vida confortable. No había rastro de sus antiguos moradores ni señales de lucha. Como si simplemente un día se hubieran decidido a abandonar el lugar. Había polvo por todos lados, pero no telarañas.

—¿No te parece raro? —preguntó Tura.

—Tal vez las limpiaron antes de irse —dijo Guifré distraído.

Tura lo miró y apretó los labios.

—Vuelven a crecer, Guifré.

—¿Cómo? ¿Igual que las plantas?

—No, son las... Ah, a veces no entiendo cómo puedes leer tantos libros y saber tan poco.

Pero el muchacho ya la estaba ignorando. Había encontrado unos pequeños cubos de madera que tenían símbolos grabados a fuego.

—¿Qué son? —preguntó Tura inclinándose a su lado, con una mano apoyada en su espalda.

—No lo sé —Guifré cerró los ojos por un segundo y se acercó más a ella—, parecen letras, tal vez sea un abecedario.

—¿Puedes leerlo?

—Nunca lo había visto antes, tal vez si consulto algunos de mis libros, en ellos hay de todo y...

El muchacho se desinfló y volvió a colocar los cubos en la vasija donde los había encontrado.

—¿Qué pasa? —preguntó Tura.

—No es nada, solo que..., uf, bueno, no son muchos los libros que pude traer.

—Oh.

Guifré se masajeó la nuca, con las orejas enrojecidas. Evitó la mirada de Tura.

—No importa.

—Siempre puedes conseguir más —sonrió ella—, si nos quedamos aquí, seguro armas una nueva biblioteca.

—Sí —sonrió tímidamente Guifré—, claro que sí.

—Vamos, veamos qué más podemos encontrar.

Antes de irse, Tura miró de reojo la vasija. Se guardó todos los cubos en los bolsillos de su vestido y se apresuró tras Guifré.

En una de las calles se cruzaron con el duque de Reff y su consejero personal y casi se los llevaron por delante. Acai echó un vistazo a Tura y apartó la vista.

—Duque —dijo Guifré con un rígido saludo.

Acai asintió imperceptiblemente, lanzó otro repaso a los dos y los rodeó.

—¿Y mi padre?

El duque se detuvo, pero no se volvió.

—Mi primo se quedó en el castillo. No hay nadie allí, tal vez por eso se siente cómodo.

Cuando se hubo alejado lo suficiente, Tura se acercó a Guifré.

—No deberías dejar que te hable así.

El muchacho suspiró.

—¿Y qué quieres que haga? Además, mi padre dice que no tiene importancia.

—No estoy de acuerdo, te falta el respeto y también se lo falta al rey —se cruzó de brazos—, no confío en él.

Guifré se encogió de hombros y siguió andando.

—No puedes seguir ignorándolo —Tura apuró los pasos detrás de él—, en algún momento tú o tu padre deberán enfrentarlo.

—Exageras, nunca hará nada para dañar a la stirpe.

—Eres demasiado ingenuo.

—¿Quién dañaría a su propia familia?

Tura desvió la mirada. Guifré se internó en otra de las casas abandonadas y la llamó poco después.

—Mira —dijo señalando alrededor—, es casi como la otra.

Tura pasó un dedo sobre la mesa y abrió una línea de madera más oscura que respiró bajo el polvo. El mueble se conservaba bien, como casi todo lo demás.

—Esto es muy raro. ¿Quién abandonaría un pueblo en tan buen estado?

—Es perfecto para nosotros.

Tura levantó la vista. Guifré la observaba, sus ojos grises brillaban y se le enrojecieron las orejas cuando ella le mantuvo la mirada.

—Si la razón por la que se fueron es la que creemos —reflexionó Tura—, entonces tal vez no deberíamos quedarnos.

—Eso habrá sido hace mucho tiempo.

—¿Qué te hace pensarlo?

—Mmm... ¿el polvo?

Tura rio y su cuerpo se sacudió como si el sonido se le escapara por partes.

—No es tanto como crees, además, está el asunto de las telarañas. —Miró el piso con los labios fruncidos—. Tampoco veo ningún otro bicho.

—Deberíamos ir al castillo. —Guifré decidió de repente—. Si hay respuestas, estarán allí.

Se encaminaron lado a lado, el guardia de Guifré los seguía a pocos pasos. El recorrido fue corto y lo hicieron en silencio.

Llegaron a un castillo de gran tamaño y rodeado de otra muralla, más baja que la externa y en peores condiciones. Tanto Tura como Guifré levantaron la vista, pero no se advertían gárgolas por allí. El foso no era profundo y parecía prácticamente seco. El puente estaba bajo y el rastrillo, alzado. Había unos guardias a cada lado de la entrada. Hicieron una leve reverencia a Guifré, pero siguieron con la mirada a Tura.

El patio de armas era bastante grande, aunque no estaba en muy buenas condiciones. Se dirigieron, sin demora, a la torre de homenaje que estaba en muy buen estado, al menos por fuera. Apenas entraron escucharon la voz de Biel, quien estaba dando un informe al rey. Los encontraron en lo que debía de ser la sala de audiencias.

—... el rastro se pierde a poca distancia del pie de la colina. Hacia el sur hay un pequeño pueblo. La gente niega haber visto algo, pero todos actúan nerviosos y sus miradas son esquivas.

—No nos conocen, capitán, recuerde eso.

—Sí, pero...

—¿Señales de ellos en el pueblo?

—No —dijo el capitán con una postura aún más rígida.

El monarca asintió.

—¿Qué hay de los suministros?

—Suficientes para dos meses, con racionamiento. Las tierras son cultivables y en el pueblo se pueden comprar animales.

—Bien, bien, que el escribano se ocupe de presentarme unas opciones. Quiero saber si el castillo y las casas son habitables.

—Estamos en ello, señor.

—Las casas lo son —afirmó Guifré con una sonrisa—, están en perfectas condiciones, solo un poco sucias.

—Hijo —dijo el rey y miró a Tura de arriba abajo—, pensé que estabas con Jaume.

—Estuve —Guifré se acercó a su padre dando una ojeada alrededor—, lo dejamos en la muralla, inspeccionando las gárgolas.

Ferran volvió a clavar la vista en Tura y frunció los labios, ella le mantuvo la mirada conteniendo la respiración.

—¿Y a qué conclusión llegó?

—Todavía a ninguna —se volvió Guifré—, por eso fuimos a investigar las casas. Están en muy buen estado, como te decía, y también están amobladas. Solo habría que hacer una limpieza y Jaume podría realizar una prevención contra enfermedades.

Ferran observó a su hijo y pestañeó con lentitud.

—Esas son excelentes noticias, hijo —sonrió—, podemos empezar a ubicar a la gente.

—Yo creo que primero habría que averiguar qué fue lo que pasó —opinó Tura.

El silencio cayó como un bloque, incluso entre los guardias que permanecían callados y alejados. Biel se irguió y se acercó un paso a ella.

—Señor —agregó Tura entre dientes.

Ferran, con el ceño fruncido, no le quitaba los ojos de encima. Antes de que pudiera hablar, Guifré intercedió.

—Es un poco extraño, padre, no se puede negar. Y Jaume parecía preocupado.

Ferran suspiró.

—Ese mago siempre está preocupado, mas no suele hacer mucho.

—Eso no es así, padre, él es casi un sabio. Quiere tener toda la información antes de actuar, es cauteloso.

Ferran bufó.

—Tal vez podríamos esperar un par de días —murmuró Guifré—, antes de mudar a la gente de las tiendas.

El monarca se encogió de hombros.

—De todas formas, hace falta un poco de trabajo para hacer el lugar habitable. —Se dirigió a Biel—: Revisen primero el castillo, quisiera poder ocuparlo lo más pronto posible. Comiencen con las refacciones mientras Jaume hace... su análisis.

—Sí, señor.

Ferran se dio la vuelta y se internó en uno de los pasillos. Automáticamente, un par de guardias se desprendió del grupo y lo siguió. Biel se volvió hacia Guifré.

—Si me disculpa, mi señor.

—Por supuesto, capitán.

—Lo siento —dijo Tura con tirantez cuando quedaron solos—, no quise decirlo de esa manera.

—Lo sé, pero tienes que tener más cuidado con mi padre, no debes olvidar que es el rey —manifestó bajando el volumen, porque uno de los pocos cuadros de la pared ya había llamado su atención.

Tura apretó las mandíbulas.

—Lo recuerdo.

Guifré estaba de espaldas a ella, Tura esperó a que dijera algo más. Como no lo hizo, luego de unos minutos, ella recogió su vestido y salió del castillo con fuertes zancadas.

—Sé muy bien quién es él —murmuró— y quién soy yo.

Caminó hacia el carromato que compartía con su padre y suspiró cuando no lo encontró a él allí. Rebuscó entre su ropa, la mayoría apestaba. Aun cuando la mantenía alejada de la de su padre, el olor de este impregnaba todo a su alrededor. Tomó unos cuantos vestidos, un pan de jabón gastado y fue en busca de agua.

No fue difícil encontrarla, solo tuvo que dirigirse hacia donde hubiera el mayor bullicio femenino. Había un río que rodeaba parte de la colina; era

angosto, pero de caudal importante. Se acercó al agua, en un lugar alejado de las demás y de la constante cháchara que rodeaba al grupo. Algunas de las mujeres mayores la miraron, las jóvenes la ignoraron, como siempre.

Lavó la ropa con empeño, hasta que los dedos congelados se le cuartearon. Entonces se apartó un poco más y se deshizo del atuendo que vestía. Lo fregó mientras se bañaba y toleraba los miembros ateridos. Salió del agua temblando y con el cuerpo enrojecido. Se envolvió en una de las mantas que había llevado y juntó toda la ropa en la otra.

Regresó al carromato entre las miradas desinteresadas de los demás. Rebuscó en el fondo, donde siempre mantenía un cambio de ropa limpio. Luego de vestirse, se guardó en el bolsillo los cubos que había tomado de una de las casas donde había estado con Guifré.

—Se los llevaré mañana —murmuró.

Para cuando terminó de colgar la ropa recién lavada, llegó su padre, oliendo a cerveza y con una botella en la mano.

—Bañada otra vez —gruñó—. No importa cuánto lo hagas, cariño, él nunca se casará contigo, no es ese el olor que le hace arrugar la nariz.

Tura lo ignoró y se puso a preparar el fuego.

—¿Qué hay de comer? —El hombre eructó.

—Solo lo que trajiste —murmuró Tura.

—Yo no traje nada, chica.

Tura le lanzó una mirada acerada y volvió a ocuparse de la fogata. El hombre levantó una mano y la bajó al ver la cicatriz de una quemadura sobre sus dedos flacos y nervudos. Con un temblequeo, alzó la botella y tomó hasta la última gota.

Tura miró con disgusto a su padre mientras este se adormecía en una burbuja de alcohol. Cuando sus ronquidos no dejaron dudas de que estaba dormido, se alejó del fuego y fue en busca de la ración de comida que le correspondía.

La repartición casi había terminado. Tura dijo su nombre al oficial que buscó en la lista y, luego de agregar una marca, le señaló perezosamente la mesa que estaba al costado. Le entregaron un poco de queso, pan y algo de carne seca. Fue comiendo durante el camino de vuelta.

Se sentó en silencio en el suelo y se quedó mirando las llamas mientras masticaba lo último que le quedaba de pan.

—Maldita niña —dijo su padre incorporándose—. ¿Dónde está mi comida?

—Ve a buscarla.

—¡Así no se le contesta a un padre!

—Pero tal vez sí a un borracho. —Tura se puso de pie y se dirigió al carromato.

El hombre tropezó con la botella vacía al seguirla y lanzó una maldición.

—A mí no me vas a faltar el respeto, ¿me oyes? —Alzó la voz—. No lo voy a tolerar.

—¿Qué respeto? —dijo Tura entre dientes mientras rebuscaba entre los bultos de la carreta.

—¡Que no lo voy a tolerar! —Se acercó en dos pasos y la sujetó del brazo.

Tura dio un salto atrás y lo amenazó con un pedazo de madera, que parecía ser parte del carromato.

—Ni te atrevas, yo no soy mi madre.

—Por supuesto que no lo eres. Ella era una mujer obediente, que, casi siempre, conocía su lugar... hasta que nos dejó.

—¿Nos dejó? —Tura aferró el madero—. Tú la golpeaste hasta morir.

El padre entornó los ojos.

—Silencio —siseó—. ¿Quién puso esas ideas en tu cabeza? Debe de haber sido ese príncipe con el cual te refriegas. No eres más que su puta, que lo sepas. Aunque él no sea realmente un hombre. —Escupió—. Cada mujer debe conocer su lugar —murmuró mientras se rascaba la cabeza rala— y es el deber de un verdadero hombre enseñárselo, como hice yo con tu madre. Quién hubiera dicho que iba a ser tan débil, la miserable. Dejarme solo con una cría como tú.

—Pues por mí puedes irte. —Tura se mantuvo alejada.

—Ya te gustaría, ¿no? Para poder manosearte con tu príncipe donde quieras. ¡Despierta, niña! Nunca vas a lograr más que un revolcón, no importa todo lo que te bañes.

—Cállate.

—¿No lo entiendes? ¿Cómo puedes ser tan tonta?

—Cállate.

—Igual que tu madre, pero mira cómo le salió a ella...

—Que te calles. —Tura volvió a alzar el madero.

—Terminó con una hija como tú, inútil, tal vez por eso se fue.

—¡Cállate de una vez, viejo borracho!

—¿Qué me dices? —Su padre avanzó unos pasos y se sostuvo del carromato—. ¿Quién te crees para hablarme de esa manera? No eres más que una puta. ¡Y una bien barata! Porque no recuerdo que trajeras dinero.

—¡Cállate de una vez! —repitió Tura.

—Ni siquiera para eso sirves. —Babeaba apoyado contra el carro—. Si al menos te abrieras de piernas por unas monedas... ¡pero nada! Tengo que darte de comer y tú ni siquiera cocinas.

—No me das de comer. —Tura hundió los dedos en la madera que sostenía, aunque había bajado el brazo—. ¿Y por qué habría de cocinarte? No soy tu mujer.

—No, eres la mujer de todo el pueblo, ¿con cuántos has estado?

—No sabes lo que dices.

—¿Que no lo sé? ¿Por qué más te dejarían estar cerca del príncipe? A una don nadie como tú, seguro que te acuestas con todo el maldito ejército.

—Eres un bastardo.

Su padre se irguió de repente y se abalanzó hacia ella con más fuerza de la esperada.

**¿Quieres seguir leyendo?
Compra el libro ya en Amazon.**

[Comprar en Amazon](#)

DEJEMOS LA HISTORIA CLARA

CAPÍTULO I

Hacía solo unos días que lo había descubierto. Nada más que unos días y no podía pensar en otra cosa, como si toda su vida no hubiera sido más que ese descubrimiento y lo que sucedería después. Porque sabía lo que debía hacer: lo correcto.

Clara miró alrededor. La biblioteca estaba en silencio, pero ella sabía que eso era engañoso. El lugar podía parecer vacío, darle a uno la sensación de ser la última persona en el mundo; sin embargo, luego de años de trabajar allí, ella sabía que las personas se ocultaban en los lugares más insospechados. Sobre todo, el bibliotecario en jefe, quien la había instruido.

«¿Podré confiar en él?», se preguntó a la vez que se mordía el labio inferior. No estaba segura, pero sí sabía que necesitaba a alguien, no podría hacer eso sola.

Cerró el libro que tenía enfrente y guardó su cuaderno de apuntes. Miró hacia todos lados otra vez y se levantó para guardar los libros que había consultado.

—¿Ya has terminado? —La voz a su espalda no fue más que un murmullo, pero ella saltó como si le hubieran gritado.

—Sí, ya me voy a retirar, a menos que usted necesite algo más... —Elevó la entonación de esa última palabra para transformar la frase en una pregunta.

El hombre que se erguía frente a ella era inusitadamente alto y enjuto.

—No, eso será todo por hoy.

Se dio la vuelta y se alejó con su andar silencioso y raudo, como si se deslizara a unos centímetros del piso.

Ella lo observó hasta que se perdió entre los pasillos y luego dio la vuelta para seguir su propio camino.

Aunque todavía la noche estaba lejos, el mundo fuera estaba ya a oscuras. El invierno lo acortaba todo, como si las vidas no fueran lo bastante fuertes para brillar a través de su bruma.

Ella anduvo con presteza a través de las calles que ya conocía y nunca miraba. Había pocas personas a su alrededor, ninguna prestaba atención más que a sus propios pasos. El viento arreciaba contra todos y se afanaba con los más débiles.

Cruzó las calles hasta alcanzar aquellas por las cuales ningún medio de transporte se aventuraba y llegó hasta la casa donde alquilaba una habitación. La luz del comedor brillaba con un tono amarillento a través de las raídas cortinas.

Ella tenía su propio acceso por la puerta trasera. A veces pasaba semanas enteras sin ver a sus caseros, era lo que más le gustaba de su acomodación. Ellos la dejaban tranquila siempre y cuando pagara la renta con puntualidad. Tenía todo lo necesario en la habitación, incluso un anafe pequeño, solo compartía el baño. Pero ya conocía los horarios de la pareja y los evitaba con facilidad.

Tras cerrar la puerta se apresuró a prender la estufa y calentarse las manos. Esperó a tenerlas completamente secas antes de sacar su cuaderno y dejarlo sobre la única mesa. Lo observó conteniendo la respiración.

Allí estaba uno de los secretos más peligrosos del reino.

Se paseó por la pequeña habitación varias veces y se detuvo otras tantas. Cada vez que se paraba, sus ojos iban hacia el cuaderno que estaba sobre la mesa. Y mentalmente hacia el fragmento de pergamino que estaba dentro de este. Había hecho una copia, pero aun así había tomado el original y lo había traído con ella.

—¿Quién lo extrañaría? —murmuró mientras se retorció los dedos.

No pensaba que nadie lo hiciera. Todavía no podía creer que lo hubiera encontrado casi por casualidad entre los textos de libre consulta. ¿Cómo puede ser que nadie más lo hubiera visto? Tal vez no le habían prestado la suficiente atención, pero ella sí. Lo había relacionado con otras lecturas, con cientos de rumores que había oído desde niña, algunos de los cuales había podido confirmar cuando comenzó a trabajar en la biblioteca. Y también con otras opiniones que se formó por sí misma después de leer muchos libros.

Había disconformidad en el reino, historias sobre pasados mejores, pero ella nunca había creído que todo estuviera tan mal hasta que leyó ese pergamino y, por fin, supo la verdad.

«Pero ahora todo tiene sentido, por eso las cosas no funcionan, no pueden hacerlo hasta que la historia sea rectificada.»

Se mordió el labio inferior y se acercó al cuaderno con cautela. Lo abrió con dedos temblorosos y examinó el pergamino. Miraba por sobre su hombro cada tres palabras, pero no importaba la distracción, ya que recordaba esos párrafos con exactitud.

Tenía muy buena memoria, podía recitar sin vacilar extensos fragmentos de libros que había leído hacía años. Los rumiaba en su mente una y otra vez. Sobre

todo cuando veía la realidad, que no coincidía con la magnífica descripción que los libros hacían de ella.

Se concentró otra vez en lo que decía el pergamino. Hablaba de la familia real, de la verdadera, la que no se había diluido hacía una generación, sino que tenía una heredera, una que había desaparecido cuando el actual rey —«Un usurpador», pensó Clara— había tomado el mando.

Por fin entendía muchas de las referencias de los mayores, de los comentarios contra el reino actual. No era el que tenía que ser, la verdadera heredera había sido callada, la familia real había sido suprimida y ella tenía en sus manos la prueba, incluso el nombre de la desaparecida.

La cuestión se resumía a una sola pregunta: ¿qué podía hacer ella con esa información?

Mientras caminaba de un lado a otro de la habitación, los recuerdos comenzaron a inundarla. Se apiñaban ahora en su mente, cuando su futuro estaba a punto de cambiar, quizá precisamente por eso; entonces los dejó fluir.

No recordaba nada de sus padres, su memoria empezaba en las calles sucias, junto a otros niños, donde había logrado sobrevivir al esconderse de todos. Su único tesoro era un cubo de vívidas imágenes y lleno de hormigas alrededor de ellas encontrado en un basurero. Desde que lo encontrara, lo había mirado millones de veces, los desgastados colores se blanqueaban todavía más cada vez que lo abría.

Esa noche, acurrucada en un callejón junto a un montón de basura, aprovechó la luz de la luna para mirar su libro.

—¿Qué tienes allí?

Clara pegó un salto y se apretó contra la pared. Aunque no había escuchado a nadie acercarse, allí estaba uno de los hombres más altos que había visto en su vida. Él tenía un gesto serio, no la sonrisa forzada que los adultos ponían frente a los niños.

Ella se estrujó contra el muro.

—Creo que es un libro —dijo él—, ¿sabes leer?

Clara bajó la vista y las mejillas se le encendieron, se mordió con fuerza el labio congelado, que no tardó en sangrar. Había escuchado antes esa palabra y no la entendía.

—No, niña —él se agachó a su lado—, no te lastimes, fue solo una pregunta. Si no sabes leer, siempre puedes aprender.

Clara levantó la mirada, sus dedos acariciaron su tesoro.

—¿Te gustaría aprender?

Ella asintió.

—Bien —dijo el hombre y se puso de pie—, si estás aquí mañana, vendré a enseñarte.

Clara lo observó perderse en la noche.

Tal vez eso fue lo que la convenció, que él no le pidiera nada ni intentara ganarse su confianza con frases melosas, que ni siquiera le preguntara su nombre.

Durante varios días, él le enseñó las letras, las palabras, cómo se formaban las oraciones y cómo sonaban esas hormigas alrededor de las imágenes en su libro.

Una noche ella le dijo su nombre y le preguntó el suyo.

—Nicodemo —respondió con seriedad—, encantado de conocerte.

El resto surgió con naturalidad. Nicodemo le consiguió lugar de pupila en una escuela. Al principio fue difícil, pero los libros que él le llevaba todas las semanas valían el esfuerzo.

—Cuando seas mayor, podrás venir a trabajar a la biblioteca, ¿te interesaría? —le preguntó Nicodemo en una de sus visitas.

Los ojos de Clara se agrandaron y brillaron con fuerza. No fue necesario dar ninguna otra respuesta.

¿En realidad hacía años de eso? Sacudió la cabeza en señal de incredulidad o tal vez como si quisiera sacarse los recuerdos de encima.

Estaba otra vez parada frente a la mesa, el cuaderno y el papiro. Decidió que lo mejor que podía hacer era confiar en la persona que había hecho todo por ella desde siempre, quien le había dado instrucción de pequeña y después un trabajo honrado que además le apasionaba.

—Nicodemo —murmuró Clara mientras acariciaba el papiro.

¿Cómo pudo haberlo dudado siquiera por un segundo?

Una vez que tomó la decisión, por fin pudo acostarse, cuando el sol comenzaba a aparecer por el horizonte.

CAPÍTULO II

Ya había pasado una semana desde que encontrara el pergamino y todavía no hallaba el momento para hablar con Nicodemo. Siempre estaba ocupado, con alguien más o era imposible ubicarlo dentro de la enorme biblioteca.

Ella no se rendiría, había una sola idea en su mente y tenía que llevarla a cabo antes de que el arrepentimiento hallara un lugar dentro de ella.

Esa noche, cerca del cierre de la biblioteca al público, Clara recorrió los pasillos en busca de rezagados. Entonces encontró a Nicodemo acomodando libros en los estantes más altos, a los que él llegaba sin una escalera.

—Señor —dijo e inclinó levemente la cabeza.

—Ah, Clara, ¿todavía aquí?

—Sí, señor, me preguntaba si... —se retorció los dedos— tendría unos minutos.

El hombre la miró con atención, como si esperara que dijera algo más y finalmente dejó ir la tensión.

—Claro, espérame en mi oficina, estaré allí en un momento.

Ella asintió y se alejó con premura.

El despacho de Nicodemo era pequeño, atestado de libros y pergaminos, casi sin lugar para algo más que dos personas apretadas y con poco aire.

Clara se entretuvo mirando los títulos a su alrededor, algunos eran muy antiguos, escritos en una lengua que ya nadie hablaba en el reino y muy pocos podrían descifrar. Abrió uno con cuidado y pasó un dedo con suavidad sobre las líneas de ondas grises que seguramente eran palabras.

La puerta se abrió a sus espaldas y ella se sobresaltó, pero no se le cayó el libro.

—Dime en qué puedo ayudarte —dijo Nicodemo antes siquiera de llegar a su silla.

Clara dejó el libro, lo miró a él y se llevó las manos a la espalda. Caminó los pocos pasos que le permitía la habitación. Él la observó con atención, en silencio. Lo primero que había aprendido ella sobre Nicodemo era que tenía paciencia en abundancia.

—Hace unos días encontré algo en los libros, algo... perturbador.

—El conocimiento puede serlo —asintió él con calma.

Clara paseó un poco más por el cuarto, abrió y cerró la boca sin ser capaz de emitir otro sonido. Nicodemo estuvo inmóvil durante mucho tiempo, hasta que finalmente se inclinó hacia adelante y cruzó las manos sobre el escritorio, con las palmas hacia abajo.

—Clara, ¿cuánto hace que nos conocemos?

Ella detuvo su caminar y lo miró con ojos agrandados.

—Casi toda mi vida, señor.

—¿Y todavía no confías en mí?

Clara dio un paso atrás como si hubiera recibido un golpe. Se tambaleó y tuvo que sostenerse de una pila de libros que se elevaba desde el piso. Un fugaz recuerdo cruzó por su mente y lo reprimió.

—Usted es como un padre para mí. —musitó.

—Entonces, ¿por qué te cuesta tanto decirme lo que turba tu mente? Sabes que la mía es abierta, puedes hablar de lo que sea.

Ella asintió y tragó saliva. Se frotó los ojos con fuerza y, después de una fuerte inspiración, se acercó al escritorio.

—Encontré un pergamino que habla sobre la heredera del reino, la verdadera... —inspiró de nuevo— está viva.

Nicodemo no hizo ningún gesto. Ni siquiera parecía pestañear mientras la miraba con fijeza.

Clara se masticó el labio inferior, expectante.

—¿Estás segura de la autenticidad de dicho pergamino?

—Sí —afirmó ella con una seguridad que realmente no sentía.

Había hecho las pruebas correspondientes y estaba bastante segura de la antigüedad del pergamino y que había sido escrito con el sello oficial, pero no podía validar que la información fuera verdadera.

Nicodemo se recostó sobre la silla, sin dejar de perforarla con la mirada.

—Supongamos que es cierto, ¿cuál crees que sería el próximo paso?

—No lo sé.

El bibliotecario enarcó las cejas.

Clara dejó caer las manos a los costados y sus hombros se fueron hacia adelante.

—Buscarla, ¿qué otra opción hay? Debemos hacer lo correcto, que todo vuelva a su legítimo cauce.

Nicodemo tamborileó los dedos de una mano sobre la otra.

—¿Y tú conoces cuál es?

—¿Cómo? —Clara pestañeó con fuerza—. ¿No es obvio?

—La mayoría de las cosas que parecen obvias no lo son.

Ella inspiró y apretó los labios. No se sentía con ánimos de enseñanzas mediante frases crípticas, pero sabía que no conseguiría nada eludiéndola.

—Ella es la verdadera heredera, eso quiere decir que el rey actual es... es...

Nicodemo ladeó la cabeza.

—No necesariamente.

—¿Cómo que no?! —Apoyó las manos sobre el escritorio y se inclinó hacia adelante antes de poder evitarlo—. Perdón —dijo cuando volvió a erguirse y alejarse.

Sin embargo, Nicodemo no se había movido un ápice ni se había alterado.

—No..., no entiendo —agregó Clara luego de varios minutos, con el ceño levemente fruncido.

Nicodemo inclinó la cabeza hacia el otro costado, con la misma espera paciente que Clara recordaba de sus años de estudio. Estaba aguardando a que ella llegara sola a la conclusión, pero esta vez ella no lograba arribar a nada. El único pensamiento que rondaba su mente en un círculo sin fin era: hay que hacer lo correcto, hay que hacer lo correcto.

Nicodemo suspiró al fin y le hizo señas para que se sentara. No comenzó a hablar hasta que ella lo hizo.

—Querida, todavía eres muy joven, tu mundo es blanco y negro, no ves los grises, los matices.

Clara abrió la boca, pero la cerró cuando su maestro levantó un dedo.

—Hay verdades que hacen más daño que las mentiras y hay mentiras que ocultan una verdad que no es la que uno cree.

—No lo entiendo.

—Lo sé. Por eso quiero que te tomes más tiempo para pensar en esto, para investigar, para analizar las causas y consecuencias...

—Pero...

—...antes de actuar. Sin embargo, si decides hacerlo, déjame saberlo y te ayudaré, aunque solo si te tomas este tiempo.

Clara apretó los labios de nuevo. No quería contradecir a su maestro, pero no veía la razón para esperar. Había notado que, mientras más años cumplía la gente, más solía aguardar antes de actuar.

«¿No debería ser al revés? ¿Acaso no les queda menos tiempo?»

Sacudió ese pensamiento de su mente y volvió a concentrarse. Nicodemo la observaba con fijeza.

—Está bien —dijo al fin.

—De acuerdo —se puso de pie el bibliotecario—, te dejaré algunos libros mañana en tu escritorio. Por favor, léelos antes de elaborar tu conclusión. Hablaremos de nuevo de esto en dos semanas.

Clara se mordió la lengua y se apresuró a asentir.

—Gracias —murmuró antes de darse la vuelta.

—Sé que puedo confiar en ti —agregó Nicodemo antes de que ella pudiera dar un paso.

Ella vaciló.

Cerró los ojos y los volvió a abrir antes de contestar.

—Siempre —miró por sobre su hombro—, así como yo sé que puedo confiar en usted.

Se escurrió antes de que él pudiera contestar y no vio cómo entornaba los ojos mientras ella se alejaba.

«No debería haber contestado así —pensó ella mientras abandonaba la biblioteca con rápidos pasos—, él solo se preocupa por mí, como siempre lo ha hecho.»

No sabía qué la había impulsado a decir semejante frase. ¿Acaso estaba enojada porque él no había reaccionado como ella esperaba?

No pudo dejar de mirar por sobre su hombro mientras se alejaba del edificio que consideraba su verdadero hogar. Al llegar a su habitación, cerró la puerta, puso la traba y arrimó una silla. Se aseguró de que la ventana estuviera cerrada, aunque siempre la mantenía así. Sacó el libro que llevaba en el bolsillo interior de su ropa, el pergamino seguía adentro.

Mientras lo releía por centésima vez, frunció el ceño. Ya sabía qué era lo que le había molestado.

—¿Por qué no me pidió verlo? —murmuró—. Él siempre quiere verificar con sus propios ojos... Excepto que... —levantó la vista y miró alrededor—, a menos que ya lo supiera... —musitó y sintió que la sacudía un largo escalofrío.

**¿Quieres seguir leyendo?
Compra el libro ya en Amazon.**

[Comprar en Amazon](#)

SOBRE MÍ

¿Quién soy? Mi nombre es Lorena y, cuando no estoy trabajando ni leyendo, me gusta escribir. Comencé con cuentos y luego me atreví a las novelas, y bastante de lo que está en el medio. Puedes conocer un poco más de mí en mi *web* [Una escritora y sus libros](#).

CAPÍTULO DE MUESTRA